

ESTAR DE VUELTA SIN HABER IDO. SOBRE LA SITUACIÓN DE LOS ESTUDIOS LÉXICOS EN LA LINGÜÍSTICA HISTÓRICA ESPAÑOLA

Pedro Álvarez de Miranda
Universidad Autónoma de Madrid

El foro de discusión que han promovido en *La corónica* los profesores Greenia y Dworkin resulta verdaderamente atractivo. Tanto, que no he sabido vencer la inicial resistencia que en mí provocó su amable invitación para echar en él mi cuarto a espadas. El caso es que no he podido llegar a explicarme a mí mismo las razones de esa inicial resistencia, pero es muy probable que tengan algo que ver con cierto escepticismo de fondo y también con un vago temor a situarme contra corriente.

Hay no pocos ámbitos de actividad en que la interrogación acerca de la(s) “crisis” en que la actividad en cuestión se halla inmersa se hace tan recurrente que llega a producir incredulidad, cuando no hastío. No digo que tal recurrencia se haya producido en relación con el tema que nos ocupa, el de la lingüística histórica románica y su hipotética agonía e incluso muerte, pero sí existe alguna cercanía entre la enojosa situación a que aludo y el alcance de varias de las opiniones ya emitidas en torno a él, opiniones a las que cuadraría bien ese conocido par de versos falsamente endosados al numen de Zorrilla: “Los muertos que vos matáis / gozan de buena salud”.

Por mi parte, tan solo querría aportar al debate un personal punto de vista, con la esperanza de no ser malinterpretado (para lo que, inmediatamente, convendrá matizarlo, desarrollarlo, completarlo): el de que es tanto aún lo que queda por hacer en el campo específico de la lingüística histórica *española* –o al menos en la parcela en que concretamente me muevo y a la que enseguida me referiré– que “entretenerte” en cuestionar la existencia misma de la dedicación a

ella podría antojarse ocupación un tanto irresponsable. Quiero decir: hay “crisis” y “crisis”, hay campos muy diversamente roturados, en lo cuantitativo y lo cualitativo, dentro de la Romanística, y si en relación con algunos la consideración de una presunta crisis podría llevar aparejada, al menos en el fuero interno, la tranquilidad de la labor cumplida por encima de las contingencias adversas (ese valioso consuelo que en español expresaríamos con la muy castiza frase “que nos quiten lo bailao”), en otros la situación es muy distinta.

¿Es que cabe comparar el nivel alcanzado en el conocimiento histórico de la lengua española con el de la francesa, por ejemplo? En el campo en que me muevo, el de la historia del léxico, la etimología y la lexicografía histórica, la respuesta es rotundamente negativa. He tenido algunas ocasiones –y ésta es otra de ellas– de expresar que, en mi sentir, las subdisciplinas más deficitarias de cuantas integran la lingüística histórica española son las que conciernen al conocimiento del léxico. La falta de un diccionario histórico completo de la lengua de Cervantes (en este año 2005 en que, en honor suyo, nos disponemos a tirar la casa por la ventana), o de una batería de ellos, es, al mismo tiempo, el más elocuente síntoma del déficit mismo y la rémora que disuade a muchos de acometer investigaciones parciales. Yo no sé si algunos se sentirán “de vuelta” respecto a tales pesquisas. Es posible que sí. Lo que parece de cajón es que para estar de vuelta conviene haber estado previamente de ida. O, dicho de otro modo, que “estar de vuelta” es un “lujo” que algunos no podemos o no deberíamos permitirnos.

Los grandes diccionarios históricos han sido frutos más o menos tardíos de un espíritu positivista contra el que se han agotado los denuestos. Ni los renovaré yo, ni abrigo propósitos exculpatorios. Me limito a envidiar los frutos que para otras lenguas rindió ese impulso, y a lamentar que la española perdiera un tren que acaso no pase dos veces.

Toda la lingüística histórica gira en torno al problema del cambio. En su valioso balance de la anterior entrega de este “Critical Cluster”, Steven Dworkin demandaba que los investigadores no se den por satisfechos con responder a las preguntas básicas: “¿qué ocurrió?” o “¿cómo ocurrió?” (a las que habrán de añadirse otras no menos esenciales: “¿cuándo ocurrió?”, “¿dónde ocurrió?”), sino que afronten la más enjundiosa: “¿por qué ocurrió?”. Es difícil no asentir a este planteamiento. Pero sin perder de vista que antes de coronar la resolución de los problemas con esa guinda –siempre alcanzable?–

que es la respuesta a los porqués, parece sensato haber despejado las incógnitas sucesivas de los qués, los cuándos, los dóndes o los cómos.

Y que en lo que se refiere a la historia de las palabras españolas (una tarea en la que el propio objeto de estudio impone la dispersión y una casuística casi infinita) todavía queda mucho por hacer en la fase inicial: son innumerables las preguntas básicas para las que, en la dilucidación etimológica del fondo patrimonial y en cualquiera de las modalidades del cambio léxico (neología absoluta, neología semántica, pérdida léxica, pérdida semántica, etc.), nos faltan absolutamente las respuestas. En parte, desde luego, porque hallarlas no siempre es tarea fácil (díganlo los etimólogos); y en numerosos casos, sencillamente, porque nadie se ha hecho las correspondientes preguntas. Para diversas lenguas de nuestro entorno, por el contrario, hay repertorios de consulta de que nosotros carecemos y que son fruto de la sostenida laboriosidad de quienes, de una vez, se hicieron todas esas preguntas con la intención de ofrecer a los estudiosos, alfabéticamente ordenadas, al menos una primera batería de respuestas también básicas, susceptibles de ser matizadas, corregidas o completadas (por ejemplo con la dilucidación de los porqués, o de otras circunstancias que caen fuera de la responsabilidad del lexicógrafo) mediante investigaciones más refinadas, detenidas o profundas.

Ante un eventual peligro de liquidación de nuestros estudios habríamos de ser conscientes, al menos, del muy diverso alcance que ella tendría para unas y otras lenguas. Lamentable, a buen seguro, en todas, sorprendería a unas con la faena, en lo esencial, realizada, y a otras con la casa por barrer. Las diferentes consecuencias para las respectivas filologías y para la historia cultural de los pueblos que hablan aquellas lenguas –si es que tales cosas siguieran importando a alguien, claro es– no es necesario encarecerlas.

Pero hemos de confiar en que tal liquidación no se produzca, al menos en la vieja Europa. Hay indicios alentadores, y la informática ha producido una verdadera revolución en nuestras posibilidades de acopiar, almacenar y consultar materiales léxicos; hay también sombras, desde luego, algunas derivadas precisamente de esa misma revolución, pues un inadecuado planteamiento de dichas operaciones podría conducir a situaciones de colapso.

Todo lo cual me lleva a hacer una consideración final sobre otro aspecto de la discusión que está muy presente en el planteamiento del foro: el diferente diagnóstico, con relación a Europa, que parece arrojar la situación en las universidades de los Estados Unidos. Ha existido, como se sabe, una importante iniciativa norteamericana en el campo

de la lexicografía histórica del español: en el Hispanic Seminary of Medieval Studies creado en la Universidad de Wisconsin por un grupo de discípulos de Solalinde se proyectó hace mucho tiempo la elaboración de un gran diccionario de la lengua medieval al que se asignó de antemano un título, *Dictionary of the Old Spanish Language*, y una sigla, *DOSL*. El Seminario de Madison ha publicado en diversos formatos gran cantidad de transcripciones y concordancias electrónicas de textos encaminadas a la ambiciosa meta, pero no ha llegado a hacer esa gran obra: el *DOSL* no existe más que como desiderátum. Ahora bien, muy recientemente sí han visto la luz, al menos, una segunda edición del viejo diccionario “tentativo” (1946) de Boggs, Kasten y otros (Kasten y Cody 2001), y una recopilación del léxico de la prosa alfonsí (Kasten y Nitti 2002), contribuciones, ambas, de gran importancia para el conocimiento del léxico medieval. La labor de acopio de materiales hispanoamericanos en bruto –esto es, apenas elaborados lexicográficamente– que llevó a cabo Peter Boyd-Bowman también nos ha deparado hace poco un CD-ROM que, como arsenal de datos, es sumamente valioso (Harris-Northall y Nitti 2003).

¿Habremos de contentarnos con estos frutos, muy apreciables pero no definitivos? El hispanismo norteamericano, de tan robusta tradición, no debería ser insensible al peligro de desaparición –si es que lo corre de una línea de trabajo que tanto esfuerzo ha supuesto y en la que tanto queda por hacer. Se han explorado vías de colaboración transatlántica, en las que convendría perseverar. Pues la falta de perseverancia es, seguramente, el principal enemigo de las empresas que tienen al léxico por objeto de estudio.

Nada menos que en 1974, Diego Catalán señalaba ya que “la crisis por que atraviesa la Romanística ha sorprendido a los estudios ibero-románicos antes de que en ellos se completara la recolección de la cosecha producida por los métodos anteriores” (333). Treinta años después, inmersos no sé si en otra o en la misma “crisis”, esas palabras siguen sirviendo perfectamente, en mi opinión, para describir la situación en que nos hallamos, al menos en el campo de estudio al que aquí me he referido. Hablaba también Catalán de “numerosas tierras incógnitas” (334) en el campo ibero-románico, y hoy, por sorprendente que puede parecer, sigue habiéndolas (pienso, por ejemplo, en los avatares históricos de las unidades fraseológicas). ¿Sería posible que rematáramos algunas ineludibles tareas pendientes que otros tienen ya hechas? De momento, y por si acaso, ¿por qué no bailamos frenéticamente, para que al menos a todos nos quiten lo “baila(d)o”, si es que nos lo quitan, en parecidas circunstancias?

Obras citadas

Catalán, Diego. 1974. *Lingüística ibero-románica*. Madrid: Gredos.

Harris-Northall, Ray, y John J. Nitti, Eds. 2003. *Peter Boyd-Bowman's Léxico hispanoamericano, 1493-1993*. Nueva York: Hispanic Seminary of Medieval Studies. 1 CD-ROM.

Kasten, Lloyd A., y Florian J. Cody. 2001. *Tentative Dictionary of Medieval Spanish*. Second edition, greatly expanded. New York: Hispanic Seminary of Medieval Studies. [Nueva edición de R.S. Boggs, Lloyd A. Kasten, Hayward Keniston & H.B. Richardson, *Tentative Dictionary of Medieval Spanish*. Chapel Hill, North Carolina, 1946.]

Kasten, Lloyd A., y John J. Nitti, Directors. 2002. *Diccionario de la prosa castellana del Rey Alfonso X*. 3 vols. New York: Hispanic Seminary of Medieval Studies.